

En todo el mundo solo hay 471 personalidades realmente distintas, y a mí me basta un simple vistazo para reconocerlas a todas y cada una de ellas.

Los pocos que conocen mi habilidad piensan que soy algo así como un fisonomista prodigioso capaz de encuadrar a cualquiera en un preciso catálogo de los rostros humanos. Pero no se trata de eso. Se trata de que yo sé algo que los demás no saben, y es que cada personalidad no se manifiesta en un solo cuerpo, en uno solo de los individuos que pueblan la Tierra, sino que está encarnada en millones y millones de copias. Todas esas representaciones, o manifestaciones, o avatares, o como se quiera, que de todas esas formas las he llamado en alguna ocasión, se parecen físicamente, todas comparten unos mismos rasgos que vienen a ser su marca de familia, su identificativo. Los demás no se dan cuenta, pero yo sí.

La cuestión es que conozco a todo el mundo. Todos significan algo para mí. Pero colectivamente, no como individuos. En lo que a mí respecta, y en todos los sentidos, todas esos rostros semejantes corresponden a la misma persona. Una vez leí algo sobre los autistas. Parece ser que tienen problemas para comprender que hay conciencias distintas a la suya, o algo así. Pues bien, lo que yo no puedo concebir es que haya más de 471 conciencias distintas.

Cuando llegué al uso de razón ya conocía a todo el mundo. Para mí no había desconocidos. Y esto es algo que me ha producido no pocas dificultades, porque las personas no esperan que un completo extraño lo sepa todo sobre ellas. No me refiero a sus biografías, por supuesto, sino a su forma de ser.

Mi niñez fue terrible. No entendía por qué los demás unas veces tenían unos nombres y otras veces otros. No entendía por qué no recordaban lo que les había dicho bajo otra de sus formas... La verdad es que yo pensaba que eran idiotas. Todos. ¿Por qué actuaban como si ignorasen lo más evidente acerca de la forma de ser de los demás? ¿Por qué sabía yo más sobre su personalidad que ellos mismos?

Les intimidaba, sospechaban de mí, desconfiaban. A veces les parecía un imbécil por confundir constantemente sus nombres, mientras que en otras ocasiones me trataban como una especie de brujo capaz de adivinar lo que iban a pensar... Tardé mucho tiempo en entender, y solo por analogía con mi ignorancia acerca de las cosas inanimadas, lo que significaba no conocer a alguien en absoluto.

Durante la adolescencia la cosa fue algo mejor. Lo cierto es que tuve una vida sexual bastante intensa gracias a mi conocimiento de las personas. Las chicas querían ante todo sentirse comprendidas, y otra cosa quizá no, pero aquello sabía hacerlo muy bien. Cuando les hablaba de sí mismas se sentían tan perfectamente importantes que todas las barreras entre sus cuerpos y el mío desaparecían como por encantamiento. Nunca engañé a nadie: realmente las comprendía. Después de una infancia horrorosa aquello fue una hermosa compensación.

Yo no confundo las caras: sé distinguirlas perfectamente. De lo que soy incapaz es de asociarlas a individuos, de asociar unos hechos concretos con un rostro o con otro, de establecer una relación persistente entre nombres, historias y rostros. Es lo mismo que pasa con los vinos: si a uno le dan a probar dos vinos de la misma región pero de distinto bodeguero en la misma sesión de cata, es fácil darse cuenta de que se trata de

vinos distintos. Pero si la cata se hace en dos sesiones distintas en distintos días, a no ser que se sea un catador profesional, no se reconocerá la diferencia. A mí me pasa con la gente. Cuando estuve con aquellas dos chicas que, curiosamente, eran manifestaciones de la misma personalidad, no tuve ningún problema en distinguir las diferencias entre sus rostros y sus cuerpos. Pero cuando las veía por separado me costaba horrores hacerlas sentirse... especiales.

Si conozco tan bien a todo el mundo es porque cuanto he aprendido acerca de los demás lo he ido acumulando sin pérdidas de información en el preciso perfilado del retrato de tan solo 470 personas. Los demás no, los demás tienen todo ese conocimiento dispersamente distribuido en lo que creen miles de personas distintas. Por eso siempre les he llevado ventaja. Por eso, si de crío tenía una idea de cómo eran todos, a los veinte era un auténtico experto en la psicología humana. Pero esto fue el comienzo de una nueva dificultad, porque desde entonces mi conocimiento de las personas apenas varía con el tiempo.

Sin duda, mi habilidad resulta muy útil en los primeros momentos de las relaciones; pero después, cuando se supone que los lazos se estrechan, las cosas, paradójicamente, empiezan a funcionar mal. Y esto es así porque la gente se da cuenta de que lo que sé de ellos es independiente de nuestra experiencia común. No hay evolución, no hay cambio, no hay crecimiento compartido. Lo que tendría que ir a más simplemente permanece. Estancado, dicen. Casi todos acaban apartándose de mí. A unos les resulto simplemente incómodo. A otros les atemorizo.

Sin embargo, no estoy solo. Soy capaz de mantener relaciones fundamentalmente intelectuales en las que la novedad, el “crecimiento compartido”, y el estrechamiento de lazos se basan en el intercambio de información. Eso sí: estoy condenado a tratar con gente excéntrica capaz de admitir a un excéntrico como yo. Con el tiempo he aprendido a vender una imagen de tipo desmemoriado, tendente a la abstracción y absolutamente desinteresado por las cosas concretas de la vida. Esa es mi forma de explicar mi incapacidad para mantener separadas las biografías de unos y otros.

No me va mal. Y estoy convencido de que el sentimiento de soledad y de extrañeza que experimento no es mayor que el que experimentan los que se atreven a plantearse ciertas preguntas. Además, soy como soy. Cuando he pensado en “curarme”, cuando me he planteado que quizá esté loco y he pensado en buscar qué hay en mí de distinto para cambiarlo, me he dado cuenta de que no quiero hacerlo. Sería dejar de ser yo para ser otro, sería renunciar a lo que me define y a lo que me hace evidentemente especial. Y no quiero.

El problema, siempre hay un problema, es que he conocido a alguien nuevo.

La conocí hace unas semanas. Mi representante me había citado en una bar para presentarme a una maquetadora con la que tendría que trabajar en un nuevo proyecto. “Nada importante, me dijo, unas semanas y lo liquidáis”. Como siempre, me pregunté quién sería, con cuál de las 470 personas tendría que fingir de nuevo ignorarlo todo. Entonces mi representante me señaló con la mirada a alguien que se acercaba. “Es ella”, confirmó mientras levantaba una mano en gesto de saludo.

La primera reacción fue de desconcierto: percibí su rostro como desenfocado, sus gestos y ademanes como si no fuesen a la velocidad debida, su voz como si estuviese procesada por un filtro metálico. Cuando conseguí “enfocar” mi visión, cuando fui capaz de entender que no la reconocía, que no era ninguna de las 470 personas, sentí un

miedo cerval, un miedo como no creo haber experimentado jamás, y una indefensión total. La tenía delante de mí y era incapaz de imaginar cómo era, cuáles eran sus deseos, sus debilidades, qué era para ella negociable... Aún recuerdo la confusión, el temblor de piernas, el sudor frío...

Mi representante hablaba. Nos estaba explicando con todo lujo de detalles a Julia, así se llama, y a mí, las características del proyecto en el que íbamos a trabajar. Yo estaba aterrado y fascinado a la vez. Su rostro me producía esa repulsión que nos causan los animales desconocidos e incomprensibles. Quise huir, alejarme de ella, esconderme bajo tierra, hacerme un ovillo y gemir como podría hacerlo un ratón enfermo. Pero al mismo tiempo sus rasgos me atraían poderosa, casi hipnóticamente. Quería saber qué es lo que la hacía distinta, única, quería aislar el factor diferencial, entender...

No dije una sola palabra. Julia tampoco dijo demasiado. Cuando mi representante nos propuso una fecha para la primera reunión de trabajo, ambos aceptamos sin rechistar. Tras soltar algunas frases de cortesía, Julia me tendió su tarjeta y se fue.

Es difícil digerir una situación para la que uno no está preparado en absoluto. Regresé inmediatamente a casa y me acosté: estaba ardiendo de fiebre. Pasé la noche delirando. Tuve sueños angustiosos en los que me veía perseguido como el único humano de un mundo de monstruos. Cuando me desperté al amanecer estaba completamente empapado. Y sorprendido: me sentía feliz.

Hay dos cosas que no acabo de entender. Una es la cantidad de copias que hay de cada conciencia. Dividiendo la población de la Tierra entre 470 salen a doce millones de manifestaciones para cada tipo de humano. No se trata de que tengamos un otro-yo único que anda por ahí con nuestra cara clonando nuestra vida quien sabe dónde y que tanto ha gustado a la literatura: son doce millones de copias repartidas en todas las tierras, en todas las clases sociales, en todas razas, profesiones... Puede resultar sorprendente, pero por debajo de los rasgos raciales característicos (grueso de los labios, pliegues epicánticos, color de la piel) o de los caracteres sexuales externos, siempre acaban aflorando los rasgos morfológicos universales. Son 470, repetidos millones de veces y diseminados por todos los lugares. A veces pienso que son sondas, aparatos exploratorios contruidos en 470 modelos con la finalidad de explorar la realidad en todos sus ambientes y aspectos, como si en vez de elegir el modelo más adecuado para cada situación se hubiese optado por probar todos los modelos en todas las situaciones posibles.

La otra cosa que no entiendo es por qué soy distinto, por qué solo yo me doy cuenta de cómo son realmente las cosas, por qué soy el único capaz de conocer a todo el mundo, de comprenderles a todos. A veces es tan insoportable ver el comportamiento de los demás, absurdo, errático, torpe. Para mí todo es sencillo o, mejor, todo sería sencillo si no fuese por la torpeza de los demás. La cosa es que, además de mí, solo hay 470 personas distintas. Y yo las conozco todas. Cada una de ellas representa una de las formas en las que me relaciono con el mundo. La atracción sexual, la amistad, la ternura, la camaradería, el desprecio... 470, 470 son mis modos de relación, y los seis mil millones de humanos precipitan en esos 470 nichos de palomar. Todo sería perfectamente sencillo si los demás supiesen lo que sé yo. Pero lejos de saberlo viven una vida sin sentido en la que una y otra vez empiezan desde cero el proceso de conocer al otro, un "otro" que ya han conocido en otra situación, con otro nombre, pero, salvo diferencias sin importancia, bajo el mismo rostro y la misma personalidad. Y es

precisamente su torpeza, su incapacidad, lo que me convierte en un extraño, en un monstruo.

Un monstruo que ahora está pasando por ese mismo torpe, desesperante y fascinante proceso.

No recuerdo haber pasado por un periodo de altibajos así ni siquiera en mi adolescencia. Unos días vuelvo a casa sonriente, feliz, encantado de la vida, sintiéndome un virtuoso de la existencia. Otros regreso doliente y desolado por no saber vislumbrar el efecto de una frase o el significado de un gesto sorprendido al azar.

Cuanto hago o digo siento que lo hago o digo a ciegas, sin saber las repercusiones que tendrá, sin saber cómo lo recibirá Julia. Es algo tan nuevo para mí, esta permanente incertidumbre, este permanente no saber qué ocurrirá al tocar esta o aquella tecla. Es como si a uno le ponen en pleno vuelo a los mandos de una nave espacial y le dicen que la pilote.

Lo sorprendente es que pese a todo hay momentos magníficos, momentos increíbles en los que llego a olvidarme de lo que soy. Entonces todo fluye suavemente y me descubro comportándome con ella como si fuese... normal. Y es que me he dado cuenta de que con ella puedo ser normal, que no tengo nada que ocultar porque realmente no sé nada. No tengo necesidad de ocultar un conocimiento que no debería existir. No tengo que preocuparme de no confundirla con otra persona porque ella es única. Los recuerdos que tengo de ella son de ella, no de ninguna colectividad de millones de clones.

Muchas veces he tenido que fingir intimidad. Pero ahora la siento por primer vez, porque intimidad es poder cambiar juntos, sorprenderse juntos, coleccionar las pequeñas complicidades que dan forma a los recuerdos, y comprenderse. Yo les he comprendido a todos desde siempre; pero nunca me había sentido comprendido por nadie. Ahora sí.

De las 471 conciencias que he conocido desde siempre, 470 se repiten por millones, mientras que hay una de la que solo he conocido un representante: la mía. Se trata de una asimetría sorprendente que nunca he sido capaz de explicarme satisfactoriamente. Mi cualidad de espectador privilegiado está evidentemente relacionado con ello, pero no sé cómo. A veces he pensado que mi propia habilidad hace imposible la multiplicidad: al intentar imaginar cómo sería encontrarme con alguien que no es otro sino yo mismo he sentido un rechazo visceral ante la resonancia, la intimidad insoportable que eso supondría.

Sin embargo, ahora está Julia. Y con ella he descubierto que la intimidad no tiene por qué ser “insoportable”. Llegué a plantearme que Julia fuese de mi mismo tipo humano, que fuese otra manifestación de mi personalidad. Pero no. Entre nosotros hay coincidencias profundas, sustanciales, como principios generales que nos permiten comprendernos a veces con una simple mirada. Pero luego están los detalles, los infinitos detalles que modelan la personalidad y que la hacen deliciosamente distinta a mí. Frente a mi cinismo ella se muestra jovial y optimista. Frente a mi desencanto vital ella siempre sabe encontrar un motivo para la sorpresa.

Ayer mantuvimos por primera vez relaciones sexuales. Estaba aterrorizado. De nuevo mi ignorancia de sus deseos, de sus costumbres, de sus expectativas volvió a encogerme

el corazón. Sin embargo, algo había cambiado. Ahora sabía que con ella el descubrimiento era un placer. Sabía que me había enfrentado a otras situaciones nuevas y había salido airoso. Sabía que podía confiar.

Estuvimos durante horas explorándonos, probando nuestros cuerpos, experimentando caricias, intensidades, gestos, como si pretendiéramos aprenderlo todo esa misma noche, como si todo estuviese por aprender. Me daba la sensación de no saber nada, y de que ella tampoco sabía. Después de tantos cuerpos aquel era distinto y toda mi experiencia resultaba ajena a lo que estaba ocurriendo. Fueron horas de un placer extrañamente contenido, deliciosamente suave, sorprendentemente nuevo.

El amanecer nos descubrió abrazados y despiertos. Me sentía feliz y perplejo por aquella noche tan... peculiar. Si raro fue mi comportamiento no lo fue menos el de Julia. La prolongada demora de la culminación, el lento explorar el cuerpo del otro como si fuese un completo misterio, la extrañeza de sus ojos...

La idea me vino a la cabeza como una iluminación, como un "eureka": ¡ella es como yo! , pero no en el sentido de ser iguales, sino más bien al contrario, en el sentido de ser únicos: como yo, ella no tiene copias. Como yo, ella es la única representante de su clase, la única portadora de su conciencia. Luego, como yo, ella lo sabe, ella los conoce a todos, ella es capaz de reconocer a las 470 conciencias. Y, como yo, acaba de encontrar a alguien nuevo.

Estimada Doctora:

Hasta aquí llega el relato que tenía preparado para usted. Ahora todo me parece ridículo, pero eso no cambia la verdad, y es que cuanto se dice en él es un fiel reflejo de lo que he sentido durante estas semanas y durante toda mi vida. Espero que a usted le sirva de algo.

Tras aquella noche tomé la decisión de contarle a Julia lo que yo era y preguntarle si ella compartía mi habilidad. Pero no pude, sencillamente porque se negó a volver a verme. Insistí, porfié, supliqué, pero todo fue inútil. Entonces le mandé una carta diciéndole cuanto quería decirle.

Esta fue su contestación:

Juan:

Hace poco que empecé a sospechar lo que ocurría, pero la última noche lo confirmé . Y tienes razón: soy capaz de reconocer las 470 conciencias, como tú las llamas. Pero te equivocas en algo: tú no eres único. No eres el 471. Tú eres uno de ellos, una de las manifestaciones, una de esas copias que abarrotan el mundo.

Lo siento de veras.

Julia

Alberto

<http://sector17.epsilon.es>